



Revista de Orientación y Cultura, dirigida por los PP. Jesuitas de C. A.

Año XIII

San Salvador, C. A., Enero-Febrero 1958

Número
123

ORIENTACION

Mirando a lo alto

Tranquilos se encontraban los pastores de Belén guardando sus rebaños cuando un ángel se presentó sobre ellos envolviéndolos en la claridad de Dios. Sobrecogidos de temor admirativo les aseguró el ángel que nada habían de temer. Al contrario les traía una gran y alegrísima noticia para todo el pueblo. Acababa de nacer para ellos el Salvador, el Señor Jesús, en la ciudad de David. Entretanto unos Magos venían del Oriente esperanzados de encontrar al recién nacido mirando a una estrella que les servía de guía. Sintieron su falta al ocultárseles a la llegada a Jerusalén, pero tanto mayor fue su alegría a verla de nuevo y ser conducidos hasta donde se encontraba al que buscaban con tanto afán.

Mil novecientos cincuenta y siete años después el mundo entero con parecida admiración estaba escrutando en el espacio el tenue rastro de otras estrellas, obra de la mano de los hombres, que por el impulso recibido de ellos giraban vertiginosamente alrededor de la tierra. Eran los Sputnik soviéticos I y II.

Al revés de las apariciones bíblicas, estas nuevas estrellas no han empapado de gozo celestial los corazones. Todo lo contrario. A manera de fatídicos prenuncios de una guerra total sus efectos han sido de una mal disimulada arrogancia en los unos, por considerarse dueños de las armas invenciblemente destructoras de sus enemigos; de humillación estimulante en los otros para tratar de equipararse y aun superar a los primeros, y de angustiosa pesadilla en todos por la suerte incierta de la familia humana y de misma morada terrestre. En vez de paz, perturbación y desunión entre los hombres tan contrariamente al mensaje celestial en el nacimiento del Salvador: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

El Mensaje Pontificio de la pasada Navidad de 1957, partiendo de estas históricas circunstancias nos ofrece un diagnóstico profundo del mundo actual para señalarnos el camino que hemos de seguir en prosecución de la paz anhelada y al parecer cada día más lejana de la atormentada humanidad.

EL ERROR FUNDAMENTAL

Los hombres, como si fuesen prisioneros de su propia pequeñez e incapaces de imaginar las posibles "grandezas de Dios" o arrebatados en admiración de las "grandezas del hombre", no se inclinan ante Dios hecho niño en la cueva de Belén, antes rechazan las verdades que pudieran salvarles, no reconociendo las relaciones entre lo eterno y lo temporal, entre el Creador y la creatura, separando a Dios del mundo, como si fueran seres muy diferentes y distantes y por tanto sin recíprocos vínculos, a pesar de que la venida del Hijo de Dios a la tierra muestra visiblemente las íntimas relaciones con que lo contingente está ligado a lo eterno.

Si se rechaza el concepto mismo de la eternidad de Dios y la posibilidad de que Dios comunique a las criaturas algo de sí, es inútil hablar de orden y de armonía en el mundo.

Sin embargo, con tales negaciones no se restaña en el hombre la sed de armonía, de orden, de felicidad, y entonces el hombre se ve obligado a ensalzar a supremo valor lo que le queda, es decir, su concreto ser finito que le puede engañar pero no apagar la sed de verdad y sus íntimas aspiraciones. Su vano optimismo de un proceso inmanente de orden y perfección ante el cual permanezca como espectador extraño, se convierte comúnmente en un pesimismo total, extendido a todo el cosmos y sus leyes fundamentales, resolviéndose el proceso en cruzarse de brazos ante lo inevitable o en compensarse con efímeros placeres arrancados a ese mismo desorden reinante, del que él mismo es parte activa, o en inculpar de todo al Creador.

Una causa de este hecho la encontramos en la civilización "progresista", es decir, únicamente materialista, que al proscribir ciertos valores y elementos necesarios en la vida de las familias y de los pueblos, acaba por privar al hombre de la forma genuina de pensar, de juzgar y de obrar. El hombre ya no sabe leer en el interior de las cosas, "intelligere", ni es capaz de madurar las verdaderas ideas que constituyen la esencia de la vida y encerrado cada día más en un sistema mecánico se va despojando de los estímulos que antes le forzaban a desarrollar la energía propia y personal.

Si hay "grandezas del hombre" que ha extendido su acción hasta la dirección de los espacios astrales, inconmensurablemente mayores son las "grandezas de Dios". Y si hay disonancias parciales innegables en el mundo, también existe en él un orden y armonía universales y eternos, en el que un día han de verse superadas todas esas disonancias y explicadas todas las aparentes contradicciones.

LAS GRANDEZAS DE DIOS - ORDEN Y ARMONIA DEL MUNDO

Toda la Creación canta la grandeza de Dios como una admirable sinfonía cuyos acordes fundamentales brotan de la fusión de las divinas perfecciones: sabiduría, amor, omnipotencia. "Oh Señor y Dios Nuestro, cuán admirable es tu nombre en todo el universo" que dice el Psalmista (Ps. 2, 8).

El Espíritu de Dios que en el principio presidió desde lo alto la creación, se ha como trasfundido en ella, fundando la gran ley de la armonía que penetra el mundo y explica sus acontecimientos, y llegada la plenitud de los tiempos, encarnándose el mismo Verbo Eterno, por obra del amor misericordioso, se ha introducido personalmente en el mundo y ha tomado posición visible y definitiva en él. "Jesucristo ayer y hoy y por todos los siglos" (Hebr. 13, 8).

El pueblo griego no halló un nombre más apto para designar el universo que el de cosmos, o sea orden, armonía, decoro. Las disonancias provienen del mismo hombre radicadas en la fractura producida por el pecado original que ha arrastrado en sus amargas consecuencias la naturaleza humana y su morada el mundo.

Mas he aquí que tiene lugar el hecho excelentísimo sobre todos los de la historia humana, la venida del Verbo Divino al mundo. Dios, autor de toda armonía, hecho hombre visita su obra y con él y en él nos viene el consuelo para cuantos lamentan y se desesperan de las disonancias del mundo, como testimonio y prenda que es de armonía, luz, camino y fuerza para restablecerla en el mundo.

Un cosmos modelado por la sabiduría creadora de Dios no puede menos de ser unitario, ordenado y armónico. El Espíritu Divino, impreso como sello imborrable en todas las cosas creadas, inanimadas o vivientes, a cuyo nacimiento presidió, es el vínculo unitario, el germen, del orden, el acorde fundamental.

Los antiguos filósofos de Atenas y de Roma y con mayor claridad las lumbreras de la filosofía cristiana reconocieron también aun en la propia alma del hombre, como imagen del espíritu de Dios, el vínculo unitario que junta totalmente unas cosas con otras. La presencia del espíritu en la actividad humana es innegable, es testimonio de unidad, de orden, de armonía derivada de Dios y sin esa presencia ni las fórmulas matemáticas aplicadas a las ciencias representarían la realidad.

A más espíritu corresponderá siempre más armonía, así como cualquier disonancia, venga de donde venga, denota algo que impide la plena difusión del espíritu.

Sin embargo, el espíritu humano abandonado a si solo demuestra su intrínseca insuficiencia e incapacidad para desarrollar los gérmenes del orden armónico en si mismo y en otros hasta donde sea necesario, y para sanar estas deficiencias fue necesario, en el infinito amor del Creador hacia sus obras, que el mismo Espíritu de Dios se hiciese visible y temporal en Jesucristo, que por ser el Verbo de Dios, por quien fueron hecha todas las cosas, entró en el mundo como en su propia casa y propiedad. (Jo. 1, 11).

Dios hecho hombre en la cueva de Belén, por esto mismo garantiza y refuerza la dignidad que ya el hombre tiene por ser en la tierra la obra cumbre del Espíritu de Dios, fuente de unidad, de orden y de armonía. Y caído el hombre en la desarmonía y desorden del pecado, hecho esclavo de los elementos, viene Jesucristo a levantarlo constituyéndole el dominio de la naturaleza y librándolo a ésta de su abuso pecaminoso.

OPTIMISMO Y ACTIVISMO CRISTIANO

Si el mundo no se fundamentara en el espíritu y por lo mismo se negara que el hombre contiene la imagen y las criaturas irracionales la huella del eterno y divino ser en las cosas creadas, entonces tampoco cabría la armonía del hombre con el mundo. Quedaría reducido individualmente a un mero punto de una vita-

lidad anónima e irracional y socialmente a su anónima existencia sostenida junto a la de los rostros por un colectivismo ferreo, como por desgracia es el caso de quienes niegan a Dios para convertirse en adoradores de las obras externas del hombre.

Muy diversa es la vida individual y social de quienes se consideran hijos de un mismo Padre y hermanos entre sí con la libertad y respeto mutuos propios de los hijos de Dios.

No nos consideramos los cristianos fatalmente gobernados por los movimientos de una naturaleza incontrolada sino gobernados por el mismo Autor de la naturaleza, conforme a la razón y a la libertad de que nos ha dotado, llamados por Jesucristo a ser "hijos de Dios", no con una perfección parcial de esta o aquella facultad sino con la renovación de todo el hombre, a imagen de Dios, que es armonía en sí mismo y fuente de todo orden en el cosmos.

Este orden y armonía del mundo debe servirnos de contemplación estética que arranque de nuestras almas el himno de alabanza a su autor, pero no nos hemos de quedar ahí. Ya desde el principio Dios sujetó al hombre todo lo creado para que valiéndose de todas las cosas, él mismo sirviese a Dios, es decir, para que trabajase y conservase la armonía preestablecida. Y una vez rota esta armonía por el pecado, Jesucristo, Dios-Hombre, nos ha demostrado con su vida y muerte qué parte activa, fatigosa y dolorosa, debe el hombre tomar para su conservación y desarrollo, y si la armonía faltase para su restablecimiento, con una acción constante y austera en todas las direcciones de la vida.

Su Santidad pone el acento en ese adjetivo "todas" las acciones de la vida, contra los pretextos sutiles de un falso espiritualismo incrustado en parte en el campo católico y que ya ha causado grave daño a la causa de Cristo y del divino Creador del universo. Nuestro lema de acción debe ser el de San Pablo a sus cristianos "Todas las cosas son vuestras... ya sea el mundo, ya la vida, ya la muerte, ya las cosas presentes, ya las futuras, porque todo es vuestro. Mas vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios" 1 Cor, 3, 22). No hay terrenos acotados ni direcciones prohibidas para la acción del cristiano como tal.

Y Su Santidad nos recuerda que los católicos pueden y deben admitir la colaboración con los demás, si su acción y el acuerdo con ellos pueden en verdad ayudar al orden y a la armonía del mundo. Pero la acción cristiana no puede ni siquiera en nuestros días, renunciar a su propio título y carácter, sólo porque algunos vean en el consorcio humano actual una sociedad llamada pluralística, dividida por mentalidades opuestas, irremovibles en sus respectivas posiciones y que no soporta ninguna colaboración que no se desarrolle dentro de un plan simplemente "humano", es decir, según parece, "agnóstico" acerca de la religión y de los verdaderos valores de la vida.

Esto equivaldría a pedir una abdicación a la que el cristiano no puede dar su consentimiento. Además ¿de donde sacaría "lo humano" la fuerza para obligar, para cimentar la conciencia de todos, sino de la vigencia del orden y de la armonía divina? Lo "humano" acabaría por crear un "ghetto" de nuevo cuño, pero desprovisto de carácter universal.

El importantísimo Mensaje termina con algunas advertencias deducidas de la doctrina expuesta y destinadas a los actores actuales del escenario mundial. Tantas energías que se están gastando con peligro de los mismos pueblos y que deberían utilizarse no tanto en acudir a la defensa cuanto en prevenir las perturbaciones del orden y en dar un merecido respiro al mundo que bastante ha sufrido ya.